

EL DEFENSOR DEL OBRERO

FE, ESPERANZA Y VOLUNTAD

Es de tan gran magnitud la depresión que viene sufriendo el alma nacional española, aumentada de día en día y de generación en generación por el fruto nocivo del podrido árbol del liberalismo, y tal el relajamiento en las ideas y las costumbres por las concupiscencias y corruptelas de los Gobiernos centralistas que padecemos desde las celeberrimas Cortes de Cádiz, que ha sido preciso toda nuestra inmensa fe de verdaderos creyentes y nuestro patriotismo sincero, para que jamás decajera nuestro ánimo y se mantuviera como se mantiene nuestra esperanza de ver en no lejano día rotas las cadenas que aprisionan a nuestra pobre y desgraciada España y erguirse libre y triunfadora, ocupando en el concierto europeo el puesto de honor que por propio derecho le corresponde.

¿Qué precisa para que tan justas ansias se conviertan en hermosas realidades? Que un rayo de luz divina ilumine las inteligencias de todos los españoles, y uniendo la nuestra a la férrea voluntad del patrio insigne don Juan Vázquez de Mella, señalado seguramente por el dedo de Dios, para que al conjuro de su portentosa palabra y a imitación del paralítico, se alce el pueblo español de la postración en que yace y colabore con todas sus fuerzas hasta conseguir, por lo pronto, la unión de todas las derechas para la realización del programa mínimo, consistente en la afirmación religiosa, la regional y la social, lanzado a los cuatro vientos en su gradilocuente discurso pronunciado recientemente en el teatro Campoamor, de Oviedo, precursor de la gran Asamblea que se prepara en la histórica e inmortal Covadonga; que si en ya lejano día fué cuna de la Reconquista española, no cabe dudar lo será así mismo en la actualidad de la regeneración y engrandecimiento de la España de nuestros amores, de nuestra amadísima Patria.

Renazca, pues, en todos los corazones la legítima esperanza de nuestra regeneración. Luchemos todos unidos por nuestras reivindicaciones, como antes lo hicieron nuestros antepasados por la Reconquista y por nuestra independencia. Infiltrémos en nuestros espíritus las sanas predicaciones de esa gloria nacional, de ese nuevo Pedro el Ermitaño, llamado don Juan Vázquez de Mella, que todo lo pospone ante el interés supremo de la Religión y de la Patria; y cuando llegue el tan ansiado día en que, cumplidas nuestras santas y justas aspiraciones, y gobernando como debe ser cada cual su propia casa, brille en el suelo hispano, con toda su pureza, el sol radiante de la verdadera libertad, podamos decir eternamente agradecidos, al verbo de la oratoria, al maestro de los maestros, al cantor excelso de la democracia cris-

tiana, al gran propagandista de la fe, al portaestandarte del regionalismo español y más modesto de los sabios: ¡Mil veces bendita seas!

MARIANO MAS

Cartagena, Mayo de 1916.

Fuego a discreción

LEMA: ¡Cataplán!

¿Habeis visto, lectores, los sombreros con que cubren las damas la mollera, adornados con berzas, con plumeros, con murciélagos, hojas de palmera, higos chumbos, cotorras y jilgueros, amapolas y loros por cimera?..

¡Admiremos, señores, muy corteses lo que en París fabrican los franceses!

Hay señoras que, sólo por tapar con uno de esos chismes la cerviz, se acuestan todo el año sin cenar o cenar el avín de una perdiz, muchas aquí podría yo nombrar, mas solo haré mención de las de Ruiz, que tienen un hermano en Aranjuez, jugador excelente de ajedrez.

Como digo, lectores, estas damas, por cubrirse la testa con sombrero, vendieron en Enero sus dos camas y duermen en el suelo desde Enero; de los besugos forman con escamas florecitas, que llevan al casero, pues hace treinta meses o cuarenta que el cuarto ocupan ¡sin pagar la renta!

Mi vecino D. Torcuato puso al gato un cascabel. ¡Con razón dicen que él puso el cascabel al gato!

Esas bolsas tan grandes ¡santo cielo! ¿para qué las queréis, lectoras mías? ¿para meter en ellas el pañuelo? ¡no es solo para eso! Hace dos días la madre de Ramón, Doña Consuelo fué a la plaza, compró cuatro sandías y en una de esas bolsas de gamuza las metió con dos kilos de merluza.

MIGUEL RODRIGUEZ

Estudios Sociales

ANTAÑO Y OGAÑO

ANTAÑO

I

«¿Es honrada? preguntaban nuestros abuelos.
«¿Es hermosa? nuestros padres.
«¿Es rica? nuestros jóvenes».

(Severo Catalina)

Que la mujer hace el hombre, nadie lo duda. Cuando Madre, forma el corazón del hijo; cuando esposa, continúa la obra de la Madre. Las dos ejercen decisiva influencia, y las dos le salvan o las dos le pierden.

Habo un tiempo, en la antigua sociedad corrompida, que piadosamente hemos de cubrir con el velo del olvido, en que la mujer no era nada, o peor aún que nada.

Mas vino Jesucristo, la divina luz del Evangelio iluminó la tierra, y la mujer, regenerada, vuelve a ocupar el puesto preparado por Dios en los designios de su providencia infinita. Ella torna a ser la compañera del hombre, y no su esclava; la esposa, y no la sierva.

Hun lam... os luego la mirada a través de los siglos. La mujer ha sabido elevarse hasta el hombre. Con su corazón y su inteligencia ha encadenado sus dos vidas...

Y he ahí como, en la Edad Media, ejerce su dulce imperio en el hombre y en la sociedad.

Entonces se la ve en los torneos, en las justas literarias; bajo los tallados artesones resuenan trovas en su loor. En los parques, el piafar de los corceles, esperando a la dama en cacería real; y son los bailes combinación de figuras, que, delicadas, hacen corte de honor a las bellas.

Más o menos directamente, la mujer está en todo; y el hombre es entonces bueno, noble y digno, porque todo eso lo ha bebido en el propio corazón de la mujer.

¿Y qué era lo que tan estrechamente a ella le unía? Su piedad y su belleza; su belleza y su piedad, en armonioso maridaje.

Velase a la mujer de aquellos tiempos, con ricas ropas y con modesto andar; con gracia en los movimientos, con candor en los ojos; vestida según la usanza y ornada según la categoría; pero ni desahogada, ni vanidosa, ni desvergonzada, ni provocativa.

Bella, entonces como ahora, gustaba de adornarse; y podemos contemplarla en noches invernales, junto a blasonada chimenea, vestida con rico brocado, ceñido el cuerpo con cinta dorada; larga cola; breve pie; de terciopelo el manto; con perlas el cuello; humilde hilandera, viviendo recatada a la sombra de señoriales muros, digna y afable; honor del esposo; guía de los hijos, amor de los amores, del hogar el más bello encanto, prez y honra de aquella sociedad.

Reina en los salones, modelo de recogimiento en el templo, caritativa con el pobre, recatada y sencilla, bondadosa y dulce, amante y amada, la mujer de nuestros antepasados, hilando, rezando, visitando y amando, era tan bella, y tan elegante; pero más buena y más amada.

OGAÑO

II

¿Es rica? preguntan los jóvenes de ahora. Y esa pregunta revela un cambio en el corazón del hombre. Sí; el corazón del hombre ha cambiado, porque la mujer ha cambiado... en su manera de vestir.

Más que riqueza, ostenta lujo; más que gracia, desahogada; más que elegancia, extravagante gusto. A un porte modesto, un notorio descaro (fuerte es la palabra; pero justa en muchos casos); a la modestia, la vanidad; al comedido adorno, la artificial composición.

En vez de pliegues con esbeltez de escultura, trajes ceñidos revelando defectos y amenguando el pudor; al semiabierto corpiño, el exagerado descote;

al brocado y la seda, la transparente gasa y el delator calado; a la española mantilla, el afrancesado sombrero; y así en todo; quedando la mujer ridículo idollito de similar, que en falso pedestal el mismo hombre derriba con sus burlas.

Y frívola, coqueta, exagerada, enamorada de sí misma como el narciso no sabe ya encadenar al hombre con cadenas de rosas que Dios bendecía; no sabe ya formar el hombre fuerte del mañana; no puede crear un hogar santo, porque ni siquiera ¡pobre mujer! sabe ya hacerse respetar y amar por aquellos mismos que le requerían...

¿Es rica? preguntan los jóvenes del día, hiriendo así la dignidad de la mujer. Porque oro necesitan para satisfacer esos caprichos, oro para esos trajes, oro para esos lujos, oro, en fin, para gozar los mismos en placeres y vanas satisfacciones; ya que las santas, las puras, las lícitas del hogar cristiano, van desapareciendo de la sociedad, porque las mujeres, que hacen los hombres y éstos las costumbres, han corrompido las presentes con sus modas, su lujo y su extravagante vanidad.

Y el hombre, que antes preguntaba ¿es buena?, emulándola con los ángeles, pregunta ahora ¿es rica?, pesándola en la balanza del interés, al nivel bajo de simple mercancía.

MARIA.

PANOLI

Pues, señor, así principian los cuentos; el tío Panoli era un buen hombre a carta cabal; honrado, trabajador, sobrio, amante de su familia, buen cristiano, esposo modelo y padre bonachón. Nunca se le vió en la taberna, pues del campo a casa y de casa a la iglesia, no tenía tiempo para más.

Sucedió un día, y ¿sabéis lo que sucedió? Que el tío Panoli, como sucede a cada hijo de vecino, y sino sucede sucederá, dejó de existir, es decir, murió. Y allá se fué el tío Panoli derechito al cielo; sólo que al llegar a la puerta la halló cerrada y al santo portero con cara de muy pocos amigos.

—¡Hola, San Pedro! ¿Haría usted el favor de abrir?

—¡No, señor!

—¡Hombre, digo, santo!

—No hay hombre ni santo que valga; yo no abro la puerta a nadie, únicamente por su cara bonita; es necesario que yo vea antes si usted trae documentación en regla.

—¡Pues no he de traer!

Y entregó un rollo de papeles a San Pedro.

Mientras el santo portero los examinaba, el tío Panoli se declara:

—Pues si yo he sido el hombre más de bien del mundo. Todos los días a Misa; todas las noches al rosario; todos los domingos a confesar y comulgar; nunca he reñido con la suegra, ni le he pegado a mi mujer; jamás he leído